

era el director de cotillón más extravagante que podía verse; se dejaba llevar de fantásticas y maliciosas ideas, y se contaba que en un salón en que tuvieron la imprudencia de escogerle, había obligado á las damas á saltar por encima de las sillas y que una de sus figuras favoritas era hacer andar en cuatro pies á todo el mundo alrededor de la habitación.

—¿Se ha marchado M. de Saffré?—preguntó una voz atiplada.

En aquel momento se estaba despidiendo de la hermosa señora Saccard, con quien se mostraba más afectuoso desde que le había desdeñado; aquel amable excéptico profesaba admiración hacia los caprichos de los demás. Aunque se resistía, diciendo con una sonrisa que no le comprometiesen, que él era ya un hombre serio, hiciéronle volver triunfalmente desde el vestíbulo.

Por fin, ante todas las blancas manos que hacia él se dirigían, exclamó:

—Vaya, cada cual á su puesto... Pero prevengo que soy clásico y que no tengo dos céntimos de inventiva.

Las parejas se sentaron en las sillas que pudieron reunir alrededor del salón; los jóvenes fueron á buscar hasta las sillas de hierro de la estufa. Aquel era un cotillón mónstruo; M. de Saffré, que tenía el aspecto recogido de un cura oficiando,

escogió por pareja á la condesa Vauska, cuyo traje de coral le preocupaba. Cuando todo el mundo estaba en su sitio, lanzó una mirada sobre aquella fila circular de faldas con un frac negro por cada una, é hizo una señal á la osquesta, cuyos instrumentos de metal resonaron en el espacio. Las cabezas de los hombres se inclinaban á lo largo del risueño cordón de rostros femeniles.

Renata se había negado á tomar parte en el cotillón: manifestaba nerviosa alegría desde el principio del baile, bailando poco, mezclándose á los grupos y sin poder estar quieta en ningún lado. Sus amigas la encontraban singular. Había hablado de hacer un viaje en globo con un célebre aeronauta de quien todo París se ocupaba. Cuando empezó el cotillón se vió contrariada por no poder andar á su gusto y se quedó á la puerta del vestíbulo, dando apretones de mano á los hombres que se retiraban y charlando con los amigos de su marido.

El barón Góurand, acompañado de un lacayo y embutido en su abrigo de pieles, dirigió un último elogio á Renata por su traje de otaitiana.

Entre tanto, M. Tontin-Laroche estrechaba la mano de Saccard.

—Máximo cuenta con usted,—dijo el banquero.

—Perfectamente,—respondió el senador.

Y después, dirigiéndose á Renata:

—Señora, no había dado á usted todavía mi enhorabuena. ¡Ya tenemos al chico colocado!

Al ver que su mujer sonreía con asombro, exclamó Saccard:

—Mi mujer aun no lo sabe... Hemos convenido esta noche el matrimonio de la señorita Mareuil con Miximo.

Renata continuó sonriéndose é inclinándose ante M. Tontin-Laroche, que se alejaba diciendo:

—El domingo se firma el contrato ¿verdad? Yo voy á Nevers para un asunto de minas, pero para entonces ya estaré aquí.

La joven quedó sola un instante en medio del vestíbulo; ya nosonreía, y á medida que comprendía lo que acababa de oír, iba apoderándose de ella un temblor creciente y convulsivo. Fijó después con insistencia la mirada en los tapices encarnados de terciopelo, en las plantas raras, en los jarrones de mayólica, y dijo por fin en voz alta:

—Es preciso que le hable.

Y volvió al salón, pero se tuvo que detener á la entrada. Una figura del cotillón obstruía el paso. La orquesta tocaba á la sordina una frase del vals. Las mujeres, cogidas de las manos, formaban un círculo y daban vueltas lo más rápidamente posible, tirándose de los brazos, riéndose y escu-riéndose.

En medio, un caballero,—el malicioso de M.

Simpson,—tenía en la mano una larga banda de color rosa que levantaba con el gesto del pescador que va á arrojar el esparavel; pero no se daba prisa, encontrando gracioso, sin duda, el dejar dar vueltas á aquellas señoras, y cansarlas. Estaban jadeantes y pedían gracia.

Entonces lanzó la banda y lo hizo con tal destreza, que fué á enredarse en los hombros de la d'Españet y la de Haffner que iban juntas.

Aquello fué una broma de americano. Quiso bailar con las dos señoras á la vez y las había ya cogido por la cintura, á una con el brazo izquierdo y á la otra con el derecho, cuando M. de Saffré dijo con severo acento:

—No se puede bailar con dos señoras.

Pero M. Simpson no quería soltar á ninguna de las dos que se revolvían entre sus brazos lanzando risotadas.

Se comentaba el lance y las señoras se iban enojando mientras la confusión se prolongaba, y los caballeros en los huecos de las ventanas, se preguntaban cómo saldría Saffré con gloria de aquel apurado trance.

Saffré, en efecto, quedó perplejo un instante, pensando con que refinada gracia hacía acallar las burlas, y por último, con la sonrisa en la boca, cogió de las manos á las dos señoras, las hizo una pregunta en el oído, recibió la respuesta, y

dirigiéndose en seguida á M. Simpson, le preguntó:

—¿Escoge usted la verbena ó la hierba doncella?

Simpson, algo atontado, escogió la verbena.

Entonces M. de Saffré le dió la marquesa, diciendo:

—Hé aquí la verbena.

Hubo discretos aplausos. Encontraron aquello muy bonito.

M. de Saffré era un director de cotillón «que no se quedaba nunca corto», tal fué la experiencia de las señoras.

Durante todo aquel tiempo la orquesta había repetido la frase del vals en todos los tonos, y M. Simpson después de haber dado la vuelta al salón bailando con la d' Espanet, la dejó en su sitio.

Por fin pudo pasar Renata. Se había mordido los labios hasta hacerse saltar sangre ante «aquellas tonterías».

Encontraba aquellas mujeres y aquellos hombres estúpidos, arrojándose bandas y dándose nombres de flores. Sus oídos zumbaban: furiosa impaciencia la impulsaba á abrirse paso á codazos. Atravesó el salón con paso ligero, tropezando con las parejas rezagadas que iban en busca de su asiento y se dirigió á la estufa.

Entre los bailarines no estaban su Máximo ni

Luisa, y suponía que debían estar allí en alguna espesura, reunidos por aquel instinto de gracias y picardías que les hacía buscar los rincones ocultos en cuanto se hallaban reunidos en alguna parte. Pero registró inútilmente la sombra de la estufa. No vislumbró más que en el fondo de un cenador, un joven alto que besaba devotamente la mano de la pequeña Darte, murmurando:

—¡Bien me había dicho la señora de Lauwerens que era usted un ángel!

Aquella declaración en su casa, en su estufa, la chocó. ¡Verdaderamente la señora de Lauwerens debía llevar su comercio á otra parte! ¡Qué consuelo hubiera encontrado Renata arrojando de su casa á toda aquella gente!

De pie, delante del estanque, contemplaba el agua, preguntándose dónde podrían estar Luisa y Máximo.

Olvidando que los jóvenes no se habían casado todavía, creyó que sencillamente habrían ido á acostarse.

Después se acordó del comedor, y subió apresuradamente la escalera de la estufa, pero fué detenida nuevamente á la puerta del salón por otra figura de cotillón.

—Esto son los «puntos negros» señores,—decía galantemente M. de Saffré.—Es invención mía, y otorgo á ustedes primicias de ella.

La concurrencia rió mucho. Los hombres explicaban la alusión á las señoras. El emperador acababa de pronunciar un discurso en el que habían reconocido que existían en el horizonte algunos «puntos negros».

Sin saberse por qué aquellos «puntos negros» habían hecho gracia. El sutil ingenio de París se había apoderado de aquella frase, hasta el punto que desde hacía ocho días, á todo se aplicaba.

M. de Saffré colocó á los caballeros en uno de los extremos del salón, haciéndoles volver la espalda á las señoras que se habían quedado en el extremo opuesto. Después les mandó que se levantaran los faldones del frac, con objeto de taparse la cabeza con ellos, operación que se verificó en medio de una alegría loca. Encorvados, con las espaldas cubiertas por los faldones, los caballeros estaban verdaderamente horribles.

—No se rían ustedes, señoras—exclamó M. de Saffré con la más cómica gravedad—ó haré que se pongan ustedes las faldas sobre la cabeza.

La alegría aumentó y tuvo que emplear toda su energía para hacer que algunos caballeros tapasen sus nuca.

—Ustedes con los puntos negros—decía—cúbranse la cabeza y cuiden de no enseñar más que la espalda; es preciso que estas señoras no vean más que lo negro... Ahora anden ustedes y méz-

clense los unos con los otros, con objeto de que no se conozcan.

La hilaridad llegó á su colmo; los puntos negros iban y venían, sobre sus delgadas piernas, con balanceos de cuervos sin cabeza. A un señor se le veía la camisa con una punta de tirante.

Las damas suplicaron; se ahogaban y M. de Saffré tuvo á bien mandarlas que fuesen á buscar á los puntos negros. Partieron como una banda de perdices, haciendo gran ruido con las faldas, y al cabo de su carrera cada cual escogió al caballero que más tuvo á mano. Aquello fué una confusión indescriptible. Las improvisadas parejas se desprendieron en fila, dando la vuelta al salón y valsando al compás más ruidoso de la orquesta.

Renata se había apoyado contra la pared y miraba pálida y con los labios apretados. Un señor viejo se acercó á preguntarla por qué no bailaba, la joven debió sonreír y responder alguna cosa; después huyó y entró en el comedor que estaba completamente vacío. Después vió á Máximo y á Luisa que cenaban tranquilamente al extremo de la mesa, uno al lado del otro, sobre una servilleta que habían estendido. Parecían estar á gusto y reían en medio de aquel desorden, de aquellas copas sucias, de aquellos platos manchados de grasa, de aquellos restos, todavía calientes, restos

de la glotonería de los convidados de guante blanco. Se habían contentado con separar las migajas. Bautista paseaba gravemente alrededor de la mesa, sin dirigir ni una mirada á aquella habitación, por la que parecía haber atravesado una bandada de lobos.

Máximo pudo, á pesar de todo reunir una cena muy confortable. A Luisa le gustaban mucho los almendrados y había un plato lleno de ellos en el aparador. Delante tenían tres botellas de champagne empezadas.

—Papá tal vez se haya marchado—dijo la joven.

—¡Tanto mejor!—exclamó Máximo.—Yo acompañaré á usted.

Y al ver que Luisa reía, prosiguió diciendo:

—Conque ya sabrá usted que nos quieren casar... parece que la cosa va de veras... ¿Qué vamos á hacer cuando nos hayamos casado?

—¡Toma! pues haremos lo que los demás. Aquel chiste se le escapó y añadió con precipitación como para quitar el efecto:

—Iremos á Italia. Me sentará muy bien para el pecho; estoy muy enferma... ¡Ah, pobre Máximo mío, que mujer tan poco agradable va á tener usted! No abulto más que diez céntimos de manteca.

Y al decir esto sonreía con cierta tristeza, no muy común en ella. Una tos seca hizo subir á sus mejillas rojizos resplandores.

—Acérqueme usted el plato de almendrados... En casa no me dejan comerlos... Lo que queda me lo voy á guardar en el bolsillo.

Estaba vaciando el plato, cuando entró Renata, quien se dirigió á Máximo, teniendo que hacer inaudito esfuerzo para no insultar, para no pegar á aquella jorobada que le quitaba su amante.

—Quiero hablar contigo.—balbuceó con sordo acento.

Máximo vacilaba lleno de terror y espanto ante la idea de una entrevista.

—A tí solo... en seguida,—repetía Renata.

—Vaya usted, Máximo—dijo Luisa con indefinible mirada.—Vea usted de paso si encuentra á mi padre. Le pierdo todas las noches.

El joven se levantó é intentó detener á Renata en medio del comedor, preguntándola qué era lo que con tanta urgencia tenía que decirle. Pero ella respondió entre dientes:

—¡Sígueme, ó lo cuento todo delante de esa gente!

Máximo se puso muy pálido y la siguió con la docilidad del animal castigado. Renata creyó que Bautista la miraba; pero en aquel momento nada le importaba.

A la puerta la detuvo por tercera vez el cortillón.

—Espera,—murmuró.—Esos imbéciles no van á terminar nunca.

Y le cogió de la mano para que no se escapase.

M. de Saffré colocaba al duque de Rozán de espaldas á la pared. Le puso delante una señora; después colocó un caballero de espaldas á las de la dama, después otra señora delante del caballero, y así sucesivamente en fila, pareja por pareja.

Al ver que los bailarines charlaban, exclamó:

—¡Vamos! ¡A su sitio todo el mundo para formar las *columnas*!

Las parejas se fueron acercando y formaron las *columnas*. La indecencia que resultaba al encontrarse cogidas entre dos hombres, apoyadas contra las espaldas de uno y teniendo delante de sí el pecho de otro, divertía mucho á las señoras, cuyos senos rozaban las solapas de los fracs, las piernas de ellos desaparecían entre las faldas de ellas, y cuando alguna brusca alegría hacía inclinar una cabeza, los bigotes de enfrente se veían obligados á separarse para no besar. Un gracioso tuvo la idea de empujar; la fila estrechó; los fracs se pegaron más fuertemente á las faldas; hubo ligeras exclamaciones, gritos y risas que no concluían.

Se oyó á la baronesa de Meinhold que decía: «¡Pero, caballero, me sofoca usted! ¡No me aprie-

te usted tanto!» lo cual hizo tanta gracia y produjo tal hilaridad, que las *columnas*, quebrantadas, vacilantes, se entrechocaban y se apoyaban unas contra otras para no caer. M. de Saffré, con las manos levantadas, dispuesto á dar la señal, esperaba; por fin, dió una palmada y todos se volvieron de repente. Las parejas que se encontraban de frente se cogieron por la cintura y la fila desengarzó por el salón su rosario de valsadores. Sólo el pobre Rozán fué el que al volverse se encontró con las narices pegadas á la pared. Todos se rieron de él.

—Ven,—dijo Renata á Máximo.

La orquesta seguía tocando el vals; cuando llegaron al saloncito, Renata llevó á Máximo á la escalera que conducía al gabinete-tocador y le dijo:

—Sube.

Ella le siguió. En aquel momento, Sidonia, que había ido rodando toda la noche alrededor de su cuna, admirada de sus continuos paseos á través de las habitaciones, pasaba precisamente por el pórtico de la estufa. Vió las piernas de un hombre que se perdían entre las tinieblas de la escalerilla, y una sonrisa iluminó su semblante de cera; recogió su falda de maga para andar más de prisa; buscó á su hermano, derribando una figura del cotillón y preguntando á los criados que encon-

traba. Por último, halló á Saccard con Mareuil en una habitación contigua al comedor, que había sido provisionalmente convertida en sala de fumar; los dos padres hablaban del contrato. Pero cuando su hermana le dijo una palabra al oído, Saccard se levantó y desapareció, pretestando un asunto de la mayor urgencia.

Arriba, el gabinete-tocador, estaba revuelto; sobre las sillas se veían los trajes de la ninfa Eco, la malla rota, pedazos de encaje arrugados, montones de ropa blanca. Los pequeños utensilios de marfil y plata yacían por todas partes: había allí cepillos y limas sobre la alfombra; toallas todavía húmedas, jabones olvidados sobre el mármol, frascos destapados. La joven, para quitarse el blanco de los hombros y los brazos, se había metido en el baño de mármol, y placas irrisadas se redondeaban sobre la superficie del agua fría.

Máximo pisó un corsé y por poco se cae; quiso reirse, pero temblaba ante el duro semblante de Renata, quien acercándose á él y empujándole, le dijo en voz baja:

—¿Es verdad que te casas con la jorobada?

—Ni pensarlo,—murmuró él.—¿Quién te lo ha dicho?

—No mientas. Es inútil.

Máximo se sublevó; Renata le producía inquietud y quería concluir.

—Pues bien, sí, me caso con ella. ¿Y qué? ¿Acaso no soy el amo?

Renata se acercó á él con la cabeza algo inclinada y maligna sonrisa en los labios, y cogiéndole de las manos, exclamó:

—¡El amo! ¡Tú el amo! Bien sabes que no. El amo aquí soy yo. Si tuviese mala intención te rompería los brazos; tienes menos fuerza que una niña.

Al ver que él intentaba desprenderse le retorció los brazos con toda la violencia nerviosa que su cólera la daba. Máximo lanzó un grito. Entonces ella le soltó diciendo:

—No nos peguemos; ya ves que soy la más fuerte.

El joven quedó pálido con la vergüenza de aquel dolor que sentía en sus muñecas. La miraba ir y venir por el gabinete, arrojando al suelo muebles, reflexionando y trazando el plan que bullía en su cerebro desde que había sabido por su marido el casamiento de Máximo.

—Voy á encerrarte aquí—dijo por último,—y cuando sea de día partiremos para el Havre.

Máximo palideció todavía más.

—¡Pero esa es una locura!—exclamó—Nosotros no podemos irnos juntos... Tú has perdido la cabeza...

—Es posible. En todo caso tu padre y tú seréis

los que me la habéis hecho perder... Te necesito y te llevo. ¡Tanto peor para los imbéciles!

Diciendo esto se aproximó más á Máximo, abrasándole el rostro con su aliento y añadiendo:

—¿Qué haría yo si te casases con la jorobada? Os burlaríais de mí y tal vez me vería obligada á tomar á ese papanatas de Mussy que ni siquiera sirve para calentarme los pies. Cuando se ha hecho lo que nosotros, hay que permanecer juntos. Por otra parte, me aburro cuando no te tengo á mi lado, y como me voy, te llevo conmigo.

—Vaya, querida Renata, no digas tonterías. Piensa en el escándalo.

—¡A mí qué me importa el escándalo! Si te niegas, bajo al salón y digo gritando que nos hemos acostado juntos y que eres lo bastante vil para querer casarte con la jorobada.

Máximo bajó la cabeza; le escuchaba cediendo y aceptando aquella voluntad que tan rudamente se le imponía.

—Iremos al Havre—continuó Renata;—y allí pasaremos una temporada. Nadie nos volverá á molestar. Si no creemos estar bastante lejos partiremos para América. Yo que siempre tengo frío, me encontraré allí perfectamente. Muchas veces he envidiado á las criollas...

A medida que iba desarrollando sus proyectos,

el espanto se iba apoderando de Máximo. ¡Abandonar París, ir tan lejos con una mujer que seguramente estaba loca, dejar tras de sí una historia cuyo vergonzoso carácter le desterraría para siempre! Aquello parecía una terrible pesadilla que le ahogaba.

Buscaba con desesperación un medio para salir del gabinete, de aquel recinto sonrosado, en el que creía oír la campana de Charentón, y por fin creyó haberlo encontrado.

—El caso es que no tengo dinero—dijo con dulzura á fin de no exasperarla.—Si me encierras no podré procurármelo.

—Yo lo tengo—dijo Renata con aire de triunfo.—Tengo cien mil francos. Todo se arreglará perfectamente...

Sacó del armario de luna la escritura de cesión que su marido le había dejado con la vaga esperanza de que tal vez cambiaría de idea; la puso encima del tocador, hizo que Máximo la diese una pluma y un tintero que había en el dormitorio y apartando los jabones firmó el documento.

—Ya está hecha la tontería... Si me roban es porque quiero... Antes de ir á la estación pasaremos por casa de Sansonneau... Ahora Máximo mío, voy á encerrarte aquí y cuando todo el mundo se haya retirado, saldremos por el jardín. No tenemos necesidad de llevar ni aún maletas.



Renata se ponía alegre; aquella calaverada la entusiasmaba, considerándola como una suprema excentricidad. Cogiendo á Máximo entre sus brazos, murmuró:

—¡Te he hecho daño, querido mío! ¿Por qué te negabas?... Ya verás como nos divertimos. ¿Acaso tu jorobada te tenía que amar más que yo?... Esa no es una mujer, es una negrilla...

La joven reía, le estrechaba contra sí, le besaba en los labios, cuando un ruido hizo volver á ambos la cabeza.

Saccard estaba de pie en el umbral de la puerta.

Reinó un momento terrible de silencio. Renata desprendió lentamente sus brazos del cuello de Máximo, y sin bajar la frente, continuaba mirando á su marido con sus grandes ojos, fijos con la inmovilidad de la muerte, mientras que el joven, aterrado, anonadado, vacilaba, con la cabeza baja. Saccard, electrizado por aquel supremo golpe que por fin despertaba en él los sentimientos de esposo y de padre, no dió un paso, lívido y abrasándolos con el fuego de su mirada. Las tres bujías brillaban con la inmovilidad de una lágrima ardiente en medio de aquella templada y aromática atmósfera. Y solo un ligero eco de la música que subía por la estrecha escalerilla, cortaba aquel terrible silencio; el vals, con sus inflexiones de serpiente, se deslizaba, se enroscaba y se ador-

meía sobre la nevada alfombra en medio de la desgarrada malla y de las faldas caídas por el suelo.

El marido avanzó y el sentimiento de la necesidad de un acto enérgico entenebrece y manchaba su rostro y le hacía apretar los puños como para aplastar á los culpables. La ira en el hombrecillo turbulento estallaba con el estrépito de un cañonazo. Lanzó al cabo una estridente sonrisa y acercándose poco á poco exclamó:

—Le estabas anunciando tu casamiento, ¿verdad?

Máximo retrocedió arrimándose contra la pared y balbuceó:

—Oyeme, ha sido ella...

Iba á acusarla cobardemente, á arrojar el crimen sobre la joven, á decir que quería robarle y á defenderse con la humildad y el temblor del niño sorprendido en una falta, pero no tuvo fuerza para tanto; las palabras se secaban en su garganta. Renata conservaba su rigidez de estatua, muda y provocativa. Entonces Saccard, buscando sin duda algún arma, lanzó una mirada á su alrededor, y sobre la esquina del tocador, en medio de los peines y cepillos de uñas, vió la escritura de cesión, cuyo papel sellado amarilleaba sobre el mármol. Miró el documento, miró á los culpables, y después, inclinándose, reparó que la escritura

estaba firmada. Sus ojos pasaban desde el tintero abierto á la pluma, todavía húmeda, que se hallaba al pie del candelabro, y quedó parado ante aquella firma con aire reflexivo.

El silencio parecía aumentar, las llamas de las bujías se alargaban, el vals se mecía á lo largo de los tapices con mayor molicie... Saccard se encogió ligeramente de hombros, miró á su mujer y á su hijo con profunda intención, como para arrancar á sus semblantes una explicación que no encontraba; después dobló lentamente el documento y lo guardó en el bolsillo de su frac. Sus mejillas habían palidecido en extremo.

—Has hecho bien en firmar, querida amiga,— dijo lentamente á su mujer.—Te acabas de ganar cien mil francos. Esta noche te traeré el dinero.

Aristides estaba casi risueño; solo sus manos temblaban. Dando después algunos pasos, añadió:

—Aquí se ahoga uno. ¡Qué idea más extravagante la de venir á combinar alguna de vuestras bromas en este baño de vapor!...

Y dirigiéndose á Máximo que había levantado la cabeza sorprendido por el tranquilo acento de su padre, le dijo:

—Vamos, ven. Te he visto subir y he venido á buscarte para que te despidas de M. Mareuil y de su hija.

Los dos hombres bajaron juntos. Renata quedó

sola, de pie en medio del gabinete-tocador, contemplando la puerta de la escalera, por donde acababa de ver desaparecer las espaldas del padre y del hijo. No podía separar la vista de aquel agujero. ¿Qué era aquello? ¿Se habían marchado amigablemente? ¿Aquellos dos hombres no se habían aplastado? Púsose á escuchar por si oía el ruido de alguna lucha tremenda ó el rodar de algún cuerpo á lo largo de la escalera. ¡Nada! En aquellas perfumadas tinieblas no se oía más que el ruido del baile. Creyó distinguir á lo lejos las risas de la marquesa y el claro acento de M. de Saffré. Luego ¿el drama ya había terminado? Su crimen, los besos en el gran lecho gris y rosa, las feroces noches de la estufa, todo aquel amor maldito en que se había abrasado durante algunos meses, ¿concluían de aquel modo tonto é innoble? ¡Su marido lo sabía todo y ni siquiera le pegaba! Y el silencio que la rodeaba, aquel silencio en que se mecía el interminable vals, le espantaba mucho más que el ruido de un asesinato. Aquella tranquilidad aquel gabinete suave y discreto, lleno de amoroso perfume le producían miedo:

Su desnudez la irritaba. Volvió la cabeza y miró á su alrededor. El gabinete-tocador conservaba su aromática pesadez, un tibio silencio, al que las frases del vals llegaban incesantes, como las últimas y moribundas oscilaciones de una superficie